

[Publicado en *El Periódico de Aragón*, 4-VII-1996]

LA RENOVACIÓN DEL PSOE

Guillermo Pérez Sarrión

Es difícil estar seguros de por qué el círculo de la corrupción en el PSOE no parece acabar de cerrarse nunca. Desde luego el imaginario de sus fieles, que son muchos, está hace tiempo trastornado, como Don Quijote ante los molinos. Al principio, con Juan Guerra, fueron muchos los que creyeron que el problema era sólo el de un hermano infiel y casquivano. Luego, con los casos de Roldán o Mariano Rubio, tenía que ser necesariamente un problema de abuso de confianza: estos brillantes defensores de lo suyo propio en realidad es que habían abusado de la buena fe de algunos ministros. Pobres ministros. Los GAL eran algo quizás poco legal, pero les venía de la UCD y en definitiva tenía el apoyo de amplios sectores sociales. Urralburu, claro, no era más que una consecuencia de amistades peligrosas, y en cuanto a Filesa, la convicción —bien fundada, por cierto— de que en esos años todos los partidos se financiaban por vías parecidas tranquilizaba no pocas conciencias socialistas. Llegaron las elecciones, se perdieron y muchos descansaron creyendo que toda la penitencia a pagar estaba por fin cumplida.

Pero no. Hoy la prensa, lejanas ya maquiavélicas campañas de difamación del gobierno —que por supuesto también existieron, al calor del río revuelto—, sigue llenando páginas con datos que muestran y demuestran el macabro uso de la seguridad antietarra y de las concejalías de urbanismo por algunos para conseguir fondos para el partido y, por qué no, asegurarse un retiro seguro. Las declaraciones y contradecaraciones de personajes de todo tipo se suceden, y los casos de corrupción siguen apareciendo: Otano en Navarra, Montaner-Salinas en Andalucía (iy encima por una denuncia de Gil!), quién sabe mañana qué en Aragón. Y no van a acabar: son muchos los asuntos que están en manos de los jueces y en los próximos meses los titulares de prensa seguirán martilleando los asombrados ojos de votantes, militantes y lectores. La justicia es suficientemente lenta y las venganzas muchas, hay noticias para toda la legislatura.

Las causas son varias, pero no hay duda de cuál es la primera, principal y más difícil de admitir: el mal funcionamiento del partido como tal. En el PSOE está fuertemente interiorizada la idea de que los errores han sido individuales de algunos militantes, y que el partido no es responsable, o lo es en muy poca medida, y que las ejecutivas a veces son engañadas y no tienen por qué responder de los actos de los individuos. Pensar así es disparatado y un gran error de análisis, porque es justo al revés. Los partidos son sujetos sociales, no morales: no son buenos ni malos, simplemente funcionan bien o mal.

La maquinaria del PSOE se fue estropeando y hoy está rota. Dejando aparte cataduras morales individuales, está muy claro que por lo menos desde aproximadamente 1987 el funcionamiento del PSOE como partido, hasta entonces aceptable, empezó a caer en barrena. Ha tenido un proceso de admisión de militantes sencillamente desastroso que ha permitido la llegada de todo tipo de arribistas, ha perdido toda referencia ideológica, y ha dejado proliferar en su seno una burocracia con excesiva autonomía e intereses propios. El discurso político en asambleas y congresos se ha ido degradando hasta acabar por construirse en función de la posición de poder político en instituciones que poseía quien lo formulaba. Vaciado de discurso político, el PSOE se ha dividido en tribus de oficialistas, renovadores y terceras vía sin cuento, en realidad tribus personalistas, marginando a los militantes de base, identificando las siglas con

sus ejecutivas y convirtiendo a éstas en meras prolongaciones del poder. Así un pequeño número de cuadros fuertemente profesionalizado ha acabado por patrimonializar el partido. Esto, llevado a sus últimas consecuencias, ha producido casos como que por ejemplo un dirigente manifiestamente inútil en lo político pero con gancho electoral haya tenido el apoyo de una ejecutiva que a su vez no estaba interesada en controlarlo ni discrepar abiertamente de su acción porque a través suyo podían llegar cargos, favores o dinero. En situaciones así puede aparecer el cesarismo, la corrupción, el principio de Peter y lo que cualquiera quiera imaginar. Y que en otros partidos haya pasado también no es consuelo ni atenuante, porque no se tiene la misma responsabilidad estando en el gobierno que estando en la oposición

Los efectos de un proceso así son políticamente letales para el partido, la sociedad y el juego democrático. Algunos son evidentes; otros no tanto. El principal, a subrayar aquí, es la radical deslegitimación política, que en estos momentos impide al PSOE ejercer cualquier labor de oposición. Perdidas las elecciones por pocos votos, hoy el partido tiene muchos más escaños que peso político, y siendo el mayor partido de la oposición paradójicamente está incapacitado para articular y liderar cualquier alternativa de izquierda a la actual mayoría.

El verano puede que retrase el efecto de esta situación. Pero en el otoño el PP impulsará la ejecución de su programa, empezando por las privatizaciones; y nuevamente los sindicatos se encontrarán con que habrán de cargar con la parte más dura de la oposición, con el solo apoyo parlamentario de Izquierda Unida, un apoyo que por cierto a la derecha no le preocupa demasiado: Anguita no trata de modificar el discurso de la derecha sino de construir uno alternativo.

Una situación tan preocupante sólo tiene una salida política: la autocrítica colectiva seria, el reconocimiento público por parte de las ejecutivas correspondientes de su responsabilidad directa en este estado de cosas, y un congreso que siente unas bases programáticas de renovación y afronte la jubilación política de unos cuadros dirigentes que generacionalmente han cumplido su papel. Y estas propuestas, que están haciendo ya públicamente destacados dirigentes del partido, deberían incluir expresamente a Alfonso Guerra, en cuya chimenea empezó a arder la llama de las corruptelas y el favoritismo, y Felipe González, que sin perjuicio de su importante labor en el gobierno hoy tiene al partido enfermo de hiperliderazgo y no puede ya de ninguna manera marcar a todo el partido la táctica política de aguantar hasta que escampe. Esto quizás podía ser útil estando en el gobierno, ahora no sirve para nada y retrasa la puesta en marcha de la renovación.

Expulsar a los corruptos del partido puede ser necesario, pero no es ya suficiente. Por vergüenza propia y respeto político a militantes y votantes socialistas que no salen de su asombro ante lo que se está viendo. Renovar el PSOE es una tarea que interesa a toda la sociedad democrática, pero que sólo el partido como colectivo puede acometer y llevar a cabo. Y de sus resultados dependerá no sólo que la derecha gobierne cuatro o dieciséis años, sino también que mientras gobierne lo haga como debe hacerse en democracia: por una oposición responsable, seria y crítica que controle constantemente la acción del ejecutivo y plantee su alternativa de gobierno.